

Novena 2019



**Cada día de la Novena comienza
con las Alabanzas a la Santa Faz.**

ALABANZAS A LA SANTA FAZ

Bendito sea Dios. *Bendito sea Dios.*

Bendita sea la Santa Faz de Jesús. *Bendita sea.*

Bendita sea la Santa Faz en la majestad de sus rasgos celestiales. *Bendita sea.*

Bendita sea la Santa Faz en todas las palabras salidas de su boca. *Bendita sea.*

Bendita sea la Santa Faz en todas las miradas de sus ojos. *Bendita sea.*

Bendita sea la Santa Faz en la Transfiguración del Tabor. *Bendita sea.*

Bendita sea la Santa Faz en las fatigas de su apostolado. *Bendita sea.*

Bendita sea la Santa Faz en el sudor de sangre de su agonía. *Bendita sea.*

Bendita sea la Santa Faz en las humillaciones de la Pasión. *Bendita sea.*

Bendita sea la Santa Faz en los dolores de la muerte. *Bendita sea.*

Bendita sea la Santa Faz en la gloria de la Resurrección. *Bendita sea.*

Bendita sea la Santa Faz en los esplendores de la luz eterna. *Bendita sea.*

Introducción:

“¿Ves cómo sufro? Y sin embargo, de poquísimos soy comprendido. ¡Cuántas ingratitudes de parte de aquellos que dicen amarme! He dado mi corazón como objeto sensibilísimo de mi gran amor por los hombres y doy mi Rostro como objeto sensible de mi dolor por los pecados de los hombres: quiero que sea honrado con una fiesta particular el martes de Quincuagésima, fiesta precedida de una novena en que todos los fieles reparen conmigo, uniéndose a la participación de mi dolor.”

Jesús a la Beata María Pierina

Día 1º: *Bendita sea la Santa Faz de Jesús.*

ALABANZAS A LA SANTA FAZ.

PALABRA DE DIOS: *Yo estoy junto a la puerta y llamo: si alguien oye mi voz y me abre, entraré en su casa y cenaremos juntos. (Ap 3, 20)*

REFLEXIÓN: Papa Francisco, *Gaudete et exsultate*

147. [...] La santidad está hecha de una apertura habitual a la trascendencia, que se expresa en la oración y en la adoración. El santo es una persona con espíritu orante, que necesita comunicarse con Dios. Es alguien que no soporta asfixiarse en la inmanencia cerrada de este mundo, y en medio de sus esfuerzos y entregas suspira por Dios, sale de sí en la alabanza y amplía sus límites en la contemplación del Señor. No creo en la santidad sin oración, aunque no se trate necesariamente de largos momentos o de sentimientos intensos.

151. Recordemos que es la contemplación del rostro de Jesús muerto y resucitado la que recompone nuestra humanidad, también la que está fragmentada por las fatigas de la vida, o marcada por el pecado. No hay que domesticar el poder del rostro de Cristo. Entonces, me atrevo a preguntarte: ¿Hay momentos en los que te pones en su presencia en silencio, permaneces con él sin prisas, y te dejas mirar por él? ¿Dejas que su fuego inflame tu corazón? Si no le permites que él alimente el calor de su amor y de su ternura, no tendrás fuego, y así ¿cómo podrás inflamar el corazón de los demás con tu testimonio y tus palabras?

INVOCACIÓN FINAL:

Divino Rostro de Jesús, *¡míranos con misericordia!*



Día 2º: *Bendita sea la Santa Faz en todas las palabras salidas de su boca.*

ALABANZAS A LA SANTA FAZ.

PALABRA DE DIOS: Cuando Jesús volvía de la región de Tiro, pasó por Sidón y fue hacia el mar de Galilea, atravesando el territorio de la Decápolis. Entonces le presentaron a un sordomudo y le pidieron que le impusiera las manos.

Jesús lo separó de la multitud y, llevándolo aparte, le puso los dedos en las orejas y con su saliva le tocó la lengua. Después, levantando los ojos al cielo, suspiró y dijo: «Efatá», que significa: «Abrete». Y enseguida se abrieron sus oídos, se le soltó la lengua y comenzó a hablar normalmente.

Jesús les mandó insistentemente que no dijeran nada a nadie, pero cuanto más insistía, ellos más lo proclamaban y, en el colmo de la admiración, decían: «Todo lo ha hecho bien: hace oír a los sordos y hablar a los mudos». (Mc 7, 31-37)

REFLEXIÓN: Papa Francisco, Angelus 6-9-2015

La enseñanza que obtenemos de este episodio es que Dios no está cerrado en sí mismo, sino que se abre y se pone en comunicación con la humanidad. En su inmensa misericordia, supera el abismo de la infinita diferencia entre Él y nosotros, y sale a nuestro encuentro. Para realizar esta comunicación con el hombre, Dios se hace hombre: no le basta hablarnos a través de la ley y de los profetas, sino que se hace presente en la persona de su Hijo, la Palabra hecha carne. Jesús es el gran “constructor de puentes” que construye en sí mismo el gran puente de la comunión plena con el Padre.

Pero este Evangelio nos habla también de nosotros: a menudo estamos replegados y encerrados en nosotros mismos, y creamos tantas islas inaccesibles e inhospitalarias. Sin embargo en el origen de nuestra vida cristiana, en el Bautismo, están precisamente aquel gesto y aquella palabra de Jesús: “¡Efatá!” – “¡Ábrete!”. Y el milagro se cumplió: fuimos curados de la sordera del egoísmo y del mutismo de la cerrazón y del pecado y fuimos inseridos en la gran familia de la Iglesia. Pidamos a la Virgen Santa, mujer de la escucha y del testimonio alegre, que nos sostenga en el compromiso de profesar nuestra fe y de comunicar las maravillas del Señor a quienes encontramos en nuestro camino.

INVOCACIÓN FINAL:

Divino Rostro de Jesús, ¡míranos con misericordia!



Día 3º: *Bendita sea la Santa Faz en todas las miradas de sus ojos.*

ALABANZAS A LA SANTA FAZ.

PALABRA DE DIOS: En aquel momento Jesús se estremeció de gozo, movido por el Espíritu Santo, y dijo: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así lo has querido. Todo me ha sido dado por mi Padre, y nadie sabe quién es el Hijo, sino el Padre, como nadie sabe quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar».

Bendita sea la Santa Faz de Jesús

Después, volviéndose hacia sus discípulos, Jesús les dijo a ellos solos: «¡Felices los ojos que ven lo que ustedes ven! ¡Les aseguro que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que ustedes ven y no lo vieron, oír lo que ustedes oyen y no lo oyeron!». (Lc 10, 21-24)

REFLEXIÓN: P. Julio Diéguez, *El rostro de Jesús. Verónica, un corazón bueno.*

Cuenta una tradición de la Iglesia que, en el camino de la Cruz, una mujer sale al paso del Señor con la intención de limpiarle el rostro. Y ese acto de amor imprime en su corazón la verdadera imagen de Jesús. Es el único hecho que sabemos de Verónica, pues con este nombre es conocida.

El rostro del Dios hecho Hombre queda grabado en aquel lienzo, sí; pero sobre todo queda grabado en sus entrañas de bondad. El Redentor del mundo da a Verónica una imagen auténtica de su rostro. El velo, sobre el que queda impreso el rostro de Cristo, es un mensaje para nosotros. En cierto modo nos dice: he aquí cómo todo acto bueno, todo gesto de verdadero amor hacia el prójimo aumenta en quien lo realiza la semejanza con el Redentor del mundo. Los actos de amor no pasan. Cualquier gesto de bondad, de comprensión y de servicio deja en el corazón del hombre una señal indeleble, que lo asemeja un poco más a Aquél que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo.

Es posible que en la vida tengamos ocasión de prestar grandes servicios a otras personas; que podamos renunciar a algo valioso por ayudar a los demás. Pero, se nos presenten o no esas oportunidades, procuremos vivir cotidianamente con un corazón bueno, capaz de compadecerse de las penas de las criaturas, capaz de comprender que, para remediar los tormentos que acompañan y no pocas veces angustian las almas en este mundo, el verdadero bálsamo es el amor, la caridad.

INVOCACIÓN FINAL:

Divino Rostro de Jesús, ¡míranos con misericordia!



Día 4º: *Bendita sea la Santa Faz en la Transfiguración del Tabor.*

ALABANZAS A LA SANTA FAZ.

PALABRA DE DIOS: *Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y los llevó aparte a un monte elevado. Allí se transfiguró en presencia de ellos: su rostro resplandecía como el sol y sus vestiduras se volvieron blancas como la luz. De pronto se les aparecieron Moisés y Elías, hablando con Jesús.*

Pedro dijo a Jesús: «Señor, ¡qué bien estamos aquí! Si quieres, levantará aquí mismo tres carpas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías».

Todavía estaba hablando, cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra y se oyó una voz que decía desde la nube: «Este es mi Hijo muy querido, en quien tengo puesta mi predilección: escúchenlo». Al oír esto, los discípulos cayeron con el rostro en tierra,

Bendita sea la Santa Faz de Jesús

llos de temor. Jesús se acercó a ellos, y tocándolos, les dijo: «Levántense, no tengan miedo». Cuando alzaron los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús solo. Mientras bajaban del monte, Jesús les ordenó: «No hablen a nadie de esta visión, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos». (Mt 17, 1-9)

REFLEXIÓN: Padre Javier Soteras, *Y se transfiguró delante de ellos.*

Nosotros queremos ir detrás de Ella, de María contemplativa. Como ocurrió con los discípulos en la Transfiguración, donde su rostro comenzó a brillar como el sol, como el de Jesús. En María encontramos eso, la permanente transformación y transfiguración de su mirada y de su rostro. Al modo de Pedro, Santiago y Juan, nosotros con ella queremos entrar en ese gozo que nos trae la Gracia de la Contemplación. Queremos fijar el rostro en Jesús y descubrir su misterio en el camino de todos los días, hasta percibir ese fulgor divino manifestado en el resucitado glorificado a la derecha del Padre. Es la tarea que nos toca a todos los discípulos de Jesús, es también tarea nuestra.

¿Qué hace falta para la gracia de la contemplación? Abrirse a ella y pedirla, clamarla, porque procede del Amor de Dios y se hace respuesta hacia ese amor de Dios.

Nadie se ha dedicado con la asiduidad de María a contemplar el rostro de Cristo. Los ojos de su corazón se concentran de algún modo en Él. Las miradas de María, las contemplativas miradas de María quieren ir ganando también nuestro modo nuevo de mirarlo a Jesús, aprendiendo de ella la Gracia de la Contemplación.

INVOCACIÓN FINAL:

Divino Rostro de Jesús, *¡míranos con misericordia!*



Día 5º: *Bendita sea la Santa Faz en las fatigas de su apostolado.*

ALABANZAS A LA SANTA FAZ.

PALABRA DE DIOS: *Él les dijo: «Vengan ustedes solos a un lugar desierto, para descansar un poco». Porque era tanta la gente que iba y venía, que no tenían tiempo ni para comer. Entonces se fueron solos en la barca a un lugar desierto.*

Al verlos partir, muchos los reconocieron, y de todas las ciudades acudieron por tierra a aquel lugar y llegaron antes que ellos. Al desembarcar, Jesús vio una gran muchedumbre y se compadeció de ella, porque eran como ovejas sin pastor, y estuvo enseñándoles largo rato. (Mc 6,31-34)

REFLEXIÓN: S.S. Benedicto XVI, Audiencia general, 28-11-2012

La cuestión central que nos planteamos hoy es la siguiente: ¿cómo hablar de Dios en nuestro tiempo? ¿Cómo comunicar el Evangelio para abrir caminos a su verdad salvífica en los corazones frecuentemente cerrados de nuestros contemporáneos y en sus

Bendita sea la Santa Faz de Jesús

mentes a veces distraídas por los muchos resplandores de la sociedad? ¿Cómo hablar de Dios hoy?

Dios se interesa por nosotros, nos ama, ha entrado personalmente en la realidad de nuestra historia, se ha auto-comunicado hasta encarnarse. Dios es una realidad de nuestra vida; es tan grande que también tiene tiempo para nosotros, se ocupa de nosotros. En Jesús de Nazaret encontramos el rostro de Dios, que ha bajado de su Cielo para sumergirse en el mundo de los hombres, en nuestro mundo, y enseñar el «arte de vivir», el camino de la felicidad; para liberarnos del pecado y hacernos hijos de Dios.

Hablar de Dios quiere decir, ante todo, tener bien claro lo que debemos llevar a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo: no un Dios abstracto, una hipótesis, sino un Dios concreto, un Dios que existe, que ha entrado en la historia y está presente en la historia. Por esto, hablar de Dios requiere una familiaridad con Jesús y su Evangelio; supone nuestro conocimiento personal y real de Dios y una fuerte pasión por su proyecto de salvación.

INVOCACIÓN FINAL:

Divino Rostro de Jesús, *¡míranos con misericordia!*



Día 6º: Bendita sea la Santa Faz en las humillaciones de la Pasión.

ALABANZAS A LA SANTA FAZ.

PALABRA DE DIOS: *Simeón, después de bendecirlos, dijo a María, la madre: «Este niño será causa de caída y de elevación para muchos en Israel; será signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el corazón. Así se manifestarán claramente los pensamientos íntimos de muchos».* (Lc 2, 34-35)

REFLEXIÓN: P. Julio Diéguez, *El rostro de Jesús. Con Santa María, un solo corazón.*

Apenas se ha levantado Jesús de su primera caída, cuando encuentra a su Madre Santísima, junto al camino por donde Él pasa. El amor es tan intenso que basta el encuentro de los ojos para que cada uno sepa que cuenta con el otro, que puede verter en Ella, en Él, su inmenso dolor, porque aquel corazón es capaz de aceptarlo. En medio de ese sufrimiento, tienen el profundo consuelo de saberse acompañados, comprendidos.

El alma de María queda anegada en amargura, en la amargura de Jesucristo. La amargura que llena el alma de María es la de su Hijo, como de María es la amargura que llena el alma de Jesús. Es tan fuerte la unión de sus corazones que el dolor de uno está hecho del sufrimiento del otro; así se apoyan y mutuamente se sostienen.

La Virgen enseña que en las amarguras y en los pequeños disgustos – profesionales, familiares, sociales...– podemos buscar y descubrir el rostro de Cristo; y, como consecuencia, estaremos llenos de paz incluso en medio del dolor.

INVOCACIÓN FINAL:

Divino Rostro de Jesús, *¡míranos con misericordia!*



Día 7º: *Bendita sea la Santa Faz en los dolores de la muerte.*

ALABANZAS A LA SANTA FAZ.

PALABRA DE DIOS: *Después dijo a todos: «El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz cada día y me siga. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá y el que pierda su vida por mí, la salvará. (Lc 9, 23-24)*

REFLEXIÓN: P. Julio Diéguez, *El rostro de Jesús. Simón de Cirene, un encuentro con la cruz.*

Los Evangelios sinópticos nos hablan de un tercer personaje que se topa con Jesucristo en el camino del Calvario. Santa María y la Verónica le buscaron, salieron a su encuentro por propia iniciativa. Simón de Cirene, no. Simón fue forzado a llevar la Cruz. La misma expresión que usan los evangelistas indica que, quizá, hubo una resistencia inicial. Resulta bien comprensible: a nadie le gusta que le obliguen a cargar con una cruz ajena, y menos después de una dura jornada de trabajo.

El cambio de actitud del Cireneo no debió de ser repentino, sino gradual, y no es arriesgado suponer que tuvo que ver con el rostro de Jesucristo. Él pensaba que trataba con un malhechor, pero aquella mirada amable, agradecida, pacífica, le desarmó. Al principio se disgusta porque simplemente ve; después mira y va descubriendo que compartir la Cruz con ese condenado vale la pena.

Lo que al principio aparecía como un inconveniente que se interponía entre él y su descanso, fue progresivamente transformado por el rostro de aquel Hombre en una oportunidad única, que terminó por cambiar su vida.

Darnos cuenta de que una contradicción puede significar un encuentro más profundo con Jesucristo nos ayudará a encararla de otro modo y entonces, nuestra Cruz no será una Cruz cualquiera: será... la Santa Cruz.

INVOCACIÓN FINAL:

Divino Rostro de Jesús, *¡míranos con misericordia!*



Día 8º: *Bendita sea la Santa Faz en la gloria de la Resurrección.*

ALABANZAS A LA SANTA FAZ.

PALABRA DE DIOS: *Israelitas, escuchen: A Jesús de Nazaret, el hombre que Dios acreditó ante ustedes realizando por su intermedio los milagros, prodigios y signos que todos conocen, a ese hombre que había sido entregado conforme al plan y a la*

previsión de Dios, ustedes lo hicieron morir, clavándolo en la cruz por medio de los infieles. Pero Dios lo resucitó, librándolo de las angustias de la muerte, porque no era posible que ella tuviera dominio sobre él. (Hech 2, 22-24)

REFLEXIÓN: S.S. Benedicto XVI, *Mensaje Urbi et Orbi*, Pascua 2007

¡Cristo ha resucitado! El anuncio dado por los ángeles, al alba del primer día después del sábado, a María la Magdalena y a las mujeres que fueron al sepulcro, lo escuchamos hoy con renovada emoción: “¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, ha resucitado!” (Lc 24,5-6). No es difícil imaginar cuales serían, en aquel momento, los sentimientos de estas mujeres: sentimientos de tristeza y desaliento por la muerte de su Señor, sentimientos de incredulidad y estupor ante un hecho demasiado sorprendente para ser verdadero.

Pero el mismo Resucitado se hizo presente ante su sed incrédula de certezas. No fue un sueño, ni ilusión o imaginación subjetiva aquel encuentro; fue una experiencia verdadera, aunque inesperada y justo por esto particularmente conmovedora. “Entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros»” (Jn 20,19). Ante aquellas palabras, se reavivó la fe casi apagada en sus ánimos. Los Apóstoles lo contaron a Tomás, ausente en aquel primer encuentro extraordinario: ¡Sí, el Señor ha cumplido cuanto había anunciado; ha resucitado realmente y nosotros lo hemos visto y tocado! Tomás, sin embargo, permaneció dudoso y perplejo.

Cada uno de nosotros puede ser tentado por la incredulidad de Tomás. El dolor, el mal, las injusticias, la muerte, especialmente cuando afectan a los inocentes —por ejemplo, los niños víctimas de la guerra y del terrorismo, de las enfermedades y del hambre—, ¿no someten quizás nuestra fe a dura prueba? No obstante, justo en estos casos, la incredulidad de Tomás nos resulta paradójicamente útil y preciosa, porque nos ayuda a purificar toda concepción falsa de Dios y nos lleva a descubrir su rostro auténtico: el rostro de un Dios que, en Cristo, ha cargado con las llagas de la humanidad herida. Tomás ha recibido del Señor y, a su vez, ha transmitido a la Iglesia el don de una fe probada por la pasión y muerte de Jesús, y confirmada por el encuentro con Él resucitado. Una fe que estaba casi muerta y ha renacido gracias al contacto con las llagas de Cristo, con las heridas que el Resucitado no ha escondido, sino que ha mostrado y sigue indicándonos en las penas y los sufrimientos de cada ser humano.

INVOCACIÓN FINAL:

Divino Rostro de Jesús, ¡míranos con misericordia!



Día 9º: *Bendita sea la Santa Faz en los esplendores de la luz eterna.*

ALABANZAS A LA SANTA FAZ.

PALABRA DE DIOS:

¡Escucha, Señor, yo te invoco en alta voz,

*apiádate de mí y respóndeme!
Mi corazón sabe que dijiste:
«Busquen mi rostro».
Yo busco tu rostro, Señor,
no lo apartes de mí.
No alejes con ira a tu servidor,
tú, que eres mi ayuda;
no me dejes ni me abandones,
mi Dios y mi salvador. (Sal 26 (27), 7-9)*

REFLEXIÓN: cfr. Juan Pablo II, Audiencia general, 28 - 4- 2004

“Tu rostro buscaré, Señor; no me escondas tu rostro”. El rostro de Dios es la meta de la búsqueda espiritual del orante.

En el lenguaje de los salmos, a menudo “buscar el rostro del Señor” es sinónimo de entrar en el templo para celebrar y experimentar la comunión con el Dios de Sión. Pero la expresión incluye también la exigencia mística de la intimidad divina mediante la oración. Por consiguiente, en la liturgia y en la oración personal se nos concede la gracia de intuir ese rostro, que nunca podremos ver directamente durante nuestra existencia terrena.

Pero Cristo nos ha revelado, de una forma accesible, el rostro divino y ha prometido que en el encuentro definitivo de la eternidad -como nos recuerda san Juan- *“lo veremos tal cual es”* (1 Jn 3, 2). Y san Pablo añade: *“Entonces lo veremos cara a cara”* (1 Co 13, 12).

San Agustín, en su comentario a los salmos, continúa así la oración del salmista: *“No he buscado de ti ningún premio que esté fuera de ti, sino tu rostro. Tu rostro buscaré, Señor. Con perseverancia insistiré en esta búsqueda; en efecto, no buscaré algo de poco valor, sino tu rostro, Señor, para amarte gratuitamente, dado que no encuentro nada más valioso.”*

INVOCACIÓN FINAL:

Divino Rostro de Jesús, ¡míranos con misericordia!

